

"Isabela, la Princesa de los Mil Sabores y las Grandes Emociones"

Había una vez, en un reino lleno de risas y canciones, una princesa muy especial llamada Isabela. Tenía cuatro años, una corona con brillantes de colores y una energía tan grande que podía hacer correr hasta a los dragones más perezosos.

Isabela vivía en un castillo con muchas habitaciones llenas de juguetes: tenía bebés de juguete, Barbies que cantaban y peluches tan suaves como las nubes. Pero su lugar favorito era el jardín del castillo, donde corría, reía, gritaba de emoción y jugaba sin parar con su hermanito, el valiente escudero del reino.

Cada día, la rutina de la princesa era mágica pero ordenada: se levantaba temprano para ir al jardín de niños, se bañaba con espuma perfumada, luego desayunaba un delicioso plato de frutas como banano o manzana, pero solo si se las pelaban bien. Después de cepillarse los dientes con un cepillo brillante, tendía su cama con la ayuda de su hermanito, como buena princesa colaboradora.

Isabela tenía un don muy especial: sabía disfrutar cada bocado como si fuera un tesoro. Amaba el plátano frito la pasta el arroz con pollo y el queso, y en los cumpleaños esperaba con ilusión el pastel de chocolate, su favorito del universo entero. Aunque era una princesa muy alegre, a veces las emociones le jugaban bromas. Cuando algo no salía como quería, Isabela lloraba, pataleaba y se alejaba a un rincón del castillo. Pero después de un rato, respiraba profundo como le habían enseñado los sabios del reino, y volvía con una sonrisa, lista para volver a jugar.

Sus papas, los reyes sabios y amorosos, le explicaban con cariño: —“Isabela, está bien sentirse triste o brava, pero no dejes que esas emociones manden en tu corazón. Piensa cómo te gustaría que se sintieran los demás.”

Y poco a poco, la princesa aprendía a ser más empática, más comprensiva, aunque aún tenía días difíciles. Pero todos en el reino sabían que Isabela era una gran niña, con un corazón enorme y un espíritu fuerte.

Un día, el reino entero celebró una gran fiesta para honrarla, no por ser perfecta, sino por aprender cada día a ser una mejor princesa, una que corría, jugaba, reía, comía con gusto y aprendía a ser dueña de sus emociones. Y así, con cada abrazo, cada fruta pelada, cada conversación sobre el corazón, Isabela crecía feliz, amada y lista para conquistar el mundo... a su manera.FIN.